



**LECTIO DIVINA, 1º DOMINGO DE ADVIENTO
CICLO B, (Mc 13, 33-37)
P. Juan José Bartolomé, sdb**

Con el primer domingo de Adviento iniciamos un nuevo año litúrgico, una nueva oportunidad de encuentro con Jesús a través de su Palabra, que “no pasará” (Mc 13,31). Este tiempo nos prepara para recibir al Verbo de Dios, humanado, que nació de María, la Virgen Nazarena.

En el ciclo ‘B’ seguiremos el Evangelio según san Marcos, que llevará a lo largo de todo el año litúrgico a respondernos dos preguntas: “¿Quién es Jesús?” y “¿Quién es el verdadero discípulo?”. Las dos nos harán acrecentar nuestra fe, siendo cada vez más discípulos suyos.

Marcos nos presenta en este texto un hecho real. Jesús compara a Dios con un amo que se fue, pero que sus intenciones eran regresar; quería que sus siervos vigilaran sus bienes para que cuando él volviera, le entregaran buenas cuentas.

“¿Qué es lo propio del cristiano? Velar cada día y cada hora, para cumplir lo que es agradable a Dios, sabiendo que a la hora que menos pensemos, vendrá el Señor” (San Basilio).

SEGUIMIENTO:

- | |
|--|
| <p>33. En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: “Miren, vigilen; pues no saben cuándo es el momento,</p> <p>34. Es igual que aquel hombre que se fue de viaje y dejó su casa, y dio a cada uno de sus criados su tarea, encargando al portero que velara.</p> <p>35. Velen entonces, pues no saben cuándo vendrá el dueño de la casa, si al atardecer, o a media noche, o al canto del gallo, o al amanecer;</p> <p>36. no sea que venga inesperadamente y los encuentre dormidos.</p> <p>37. Lo que les digo a ustedes, le digo a todos: ¡Velen!”</p> |
|--|

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en cómo lo dice

Este 1er. Domingo de Adviento nos ubica en la última gran lección de Jesús a sus discípulos. Marcos, además de

todas las enseñanzas que se encuentran dispersas en su evangelio, narra dos grandes discursos de Jesús: el de las parábolas, que lo hizo a la

orilla del lago (4,3-32) y el llamado “discurso escatológico”, en el monte de los Olivos (13,5-37) que es el que ahora proclamamos en el evangelio. La intención que tuvo Jesús fue confirmar en sus discípulos la esperanza en Él y en lo que les había dicho con relación a su regreso.

La “venida” del Señor (en griego “Parusía”), generalmente es interpretada como el “retorno” del Señor. Esto se comprende bien en el pasaje de hoy, que habla del retorno de un dueño de casa que se va de viaje, confiándole a sus servidores su hacienda.

La parábola deja ver en forma simbólica qué espera Jesús de sus discípulos. Que Él se aleje, es razón suficiente para que sus discípulos esperen su regreso responsablemente. El portero viene a ser la Iglesia, que vigilará mientras el regresa en la Parusía.

Los siervos no tienen que dejarse vencer por el sueño. Como no saben cuándo va a regresar su amo, tienen

que estar listos y trabajar lo mejor posible.

Al siervo no se le permite dormirse, hasta que regrese su amo. Vivir en estado de esperanza supone pasar los días y las noches esperando. La vigilancia es una exigencia porque él tiene que rendir cuentas a su amo de lo que hizo en su ausencia.

Liberarse de la propia responsabilidad significaría perder los bienes recibidos y la esperanza; y esto sería tanto como perder al Señor que está por volver en el momento menos pensado.

La parábola invita a vivir con confianza y perseverancia, apoyándose en la fidelidad a Jesús, el Hijo de Dios y Señor de la historia.

Los cristianos no esperamos el “regreso” del Señor resucitado, sino que vivimos en la espera de su venida.

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

La palabra de Jesús nos invita a poner nuestra esperanza en Dios. Él, como el señor de la parábola, puede parecer ausente de nosotros, de lo nuestro, pero no lo está. Se puede ir, pero su intención es regresar.

El siervo no sabe en qué momento se dará su regreso, por ello está obligado a vigilar de día y de noche; si no lo hace, seguramente se la pasará mal y no tendrá mucho interés en cuidar lo que le ha sido encomendado.

- Vivimos en un mundo que poco a poco va reduciendo, de modo inexorable, no sólo los signos de la presencia de Dios, sino incluso también, las huellas de su paso entre nosotros; no solo pretende que lo olvidemos, sino que nos entretiene con bienes perecederos para que no echemos de menos su ausencia.

En la casa de Jesús nadie ha de permanecer pasivo. Nadie se ha de sentir excluido, sin responsabilidad. Todos tienen una misión confiada por Él. Todos están llamados a contribuir a la gran tarea de vivir como Jesús, haciendo posible el Reino de Dios.

- Los creyentes, estamos cayendo en el sueño; dejamos de lado la vigilancia. Parece que nos hemos resignado a esta situación; damos la impresión de haber perdido también a Dios, viviendo la fe sin ilusión.

La noche no nos debería resultar demasiado larga, porque no puede serlo si esperamos a Alguien bien amado. ¿No es verdad? Si el recuerdo del Dios ausente y amado fuera más fuerte, la vigilancia no se nos haría penosa ni larga.

¿Se mantendrá vivo el espíritu de Jesús entre los suyos? ¿Seguirán recordando su manera de servir a los necesitados, a los desvalidos a los menos favorecidos? ¿Tendrá quien lo espere si los que se dicen sus seguidores se duermen?

- Cuando creemos que Dios regresará, podremos ser para nuestro mundo, testimonio de fe, de esperanza y de amor. Él tiene mucha confianza en nosotros; se fue pero regresará, como nos lo ha dicho y no podemos sofocar la esperanza, ni menos aún, robársela a los demás, con nuestra ineficacia y nuestra somnolencia. Si dormimos, si no vigilamos, el mundo irá siendo más indiferente a su presencia, a su obra y a todo lo suyo.

La soledad que anida en el corazón de los creyentes, la tranquila aceptación de que el mundo hoy está fuera de las manos de Dios, se debe a que quienes deberían vivir esperándole y trabajando por ser mejores, no se la creen y descuidan su ser y su hacer.

- En la medida que crezca nuestra consciencia de que Jesús volverá nos mantendremos despiertos, activos, creativos, con la ilusión de su regreso. Nuestros días se acortan; en esta estación del año hay menos luz; crecen las sombras, hecho que quiere ser una ejemplificación de lo que puede ser nuestra vida cuando no vigilamos, lo que deja de ser nuestra fidelidad si no esperamos al Señor, que nos ha dicho que volvería.

La gran preocupación de Jesús era que la Iglesia se durmiera. En el texto dijo tres veces: «vivan despiertos». No es una recomendación dicho nada más a los cuatro vientos, por decirla; Quería que sus discípulos fueran conscientes de lo que les pedía: decir a los creyentes de todos los tiempos que regresará: “Lo que les digo a ustedes, se los digo a todos: velen”.

Es preciso escuchar la protesta discreta, pero eficaz, contra el mal que existe en el mundo, el pequeño mundo que trasciende; vivir como cristianos significa no rendirse ante las apariencias, no desesperar frente al mal tan evidente.

- Si Dios quiere regresar, hay algo en nosotros, y en nuestro mundo, que le hace acercarse: ¡Tenemos algo que atrae a todo un Dios! En ello se apoya nuestra esperanza. Y bastaría con encontrar un motivo, uno solo, para esperar a nuestro Señor, para que veamos lo necesario que es que vigilemos.

Entretanto, para sostener la confianza, para achicar las vigiliass hay que pasar la noche en blanco; si se desea de verdad el retorno del Dios, se reza para que crezca en el mundo la esperanza en la palabra que sigue resonando en el ambiente.

La Iglesia tiene pruebas palpables de su presencia y lo llama en la liturgia del Adviento. La oración, la reflexión de su Palabra, los cantos, el ambiente todo dice: ¡Ven, Ven, Señor, no tardes! Él sabe cuánto lo necesitamos para colmar el vacío que nos confunde y desubica

Rezar es la mejor manera de echarle de menos sin desesperar, es la forma de mantenerse vigilantes, sin rendirse al sueño, para saber vivir la ausencia de Dios, sin perder la esperanza de encontrarlo un día.

El pasaje le ha dado importancia a la espera nocturna. Esto puede estar asociado a lo que hacían los primeros cristianos al reunirse. Recordemos que la asamblea dominical de la primitiva Iglesia duraba la noche entera. La vivían para esperar la llegada del alba del primer día de la semana, el día del Señor (el “dies dominica”).

Ellos significaban con su asamblea estar en esperar de la venida de Jesús, el Señor resucitado. Vivían con mayor intensidad esta espera; podríamos decir que vivían en Adviento.

El rasgo más generalizado de los cristianos que no han abandonado la Iglesia es seguramente la pasividad. Durante siglos hemos educado a los fieles para la sumisión y la obediencia. En la casa de Jesús sólo una minoría se siente hoy con alguna responsabilidad eclesial.

Nuestro pasaje es la conclusión del último y la palabra que queda resonando en los oídos de los discípulos es: “¡Velad!”. Estamos, entonces, ante una enseñanza fundamental del discipulado.

Ha llegado el momento de reaccionar. No podemos seguir aumentando aún más la distancia entre «los que mandan» y «los que obedecen». Es pecado promover el desafecto, la mutua exclusión o la pasividad. Jesús nos quiere a todos despiertos, activos, colaborando con lucidez y responsabilidad.

**¡Ojalá rasgaras el cielo y bajaras,
derritiendo los montes con tu presencia..!”.**

II. ORAMOS nuestra vida desde este texto:

Señor, gracias por permitirnos empezar este Adviento 2020, en este tiempo de pandemia. Que lo vivamos ocupándonos más de Ti y de tantos hermanos que están viviendo momentos muy difíciles. No permitas que nos venza la indiferencia, que sepamos ver qué pasa a nuestro alrededor y actuemos, para que nos encuentres más hermanados, más responsables, haciendo posible tu Reino a través de una fraternidad que no se queda en conceptos motivadores. Es hora de despertar. Que crezca nuestra esperanza, nuestra fe y nuestro amor.

¡María, Señora del Adviento, enséñanos a esperar la llegada de tu Hijo, para recibirlo trabajando por la justicia y la paz entre nosotros! **¡Así sea!**

